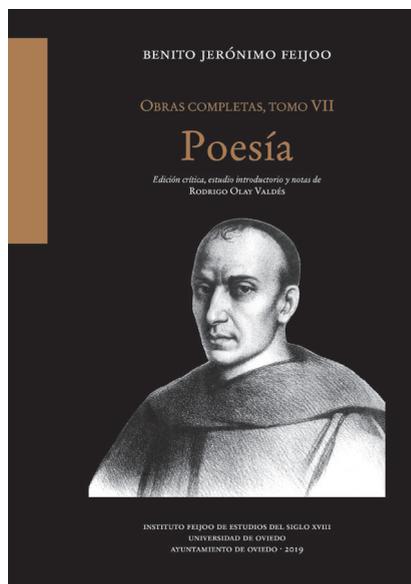


Benito Jerónimo FEIJOO, *Obras completas*, t. VII, *Poesía*, ed. de Rodrigo Olay Valdés, Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII / Universidad de Oviedo / Ayuntamiento de Oviedo, 2019, 880 págs. ¶ Premio de la Sociedad Española de Estudios del Siglo XVIII.

Además de ensayista, Benito Jerónimo Feijoo (1676-1764) también fue poeta. De ahí que el Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII no descuidase esta olvidada faceta del beneditino en el marco de las *Obras Completas* que José Miguel Caso González emprendiera en 1981 —cuando, junto con Silverio Cerra, reunió la bibliografía de y sobre Feijoo hasta la fecha— y que Inmaculada Urzainqui retomó tres décadas después para la publicación del primer (2014) y segundo (2018) volumen de las *Cartas eruditas y curiosas*. Rodrigo Olay Valdés, quien ya coeditó el último de los tomos mencionados, nos brinda ahora la primera edición crítica de la poesía completa de quien fuera el ilustrado por excelencia de la primera mitad del Setecientos, edición merecedora ex aequo del Premio de la Sociedad Española de Estudios del Siglo XVIII.

Se trata del fruto de un arduo trabajo que comenzó hace siete años como proyecto de tesis dirigido por Elena de Lorenzo Álvarez. En este tiempo, el investigador no solamente ha localizado 37 poemas desconocidos, sino que ha fijado el texto de los 131 totales que integran el corpus poético feijoniano, mientras estudiaba otros aspectos relativos a la poesía del monje, como prueban sus numerosos artículos sobre el tema. El resultado final es esta impecable edición de la *Poesía* de Feijoo, séptimo tomo de sus *Obras completas*, que, aparte de presentar los poemas organizados temáticamente, anotados y precedidos cada uno de un preámbulo crítico, consta de un riguroso estudio introductorio y de un exhaustivo repertorio bibliográfico, así como de selectas ilustraciones, tablas de variantes textuales y un conjunto de índices finales (de los poemas por orden de publicación, de equivalencias en la numeración de los poemas, métrico, de primeros versos, de ilustraciones y onomástico) que elevan la calidad del volumen y facilitan su consulta.



El panorama del que partió Rodrigo Olay suponía todo un reto por varias razones. En primer lugar, porque establecer el corpus poético del beneditino no se antojaba una tarea en absoluto sencilla, ya que, si bien al plantear su investigación ya se habían dado a conocer 80 poemas (3 en vida de Feijoo y póstumos el resto, publicados la mayoría en el contexto del Rexurdimento gallego; y únicamente cuatro a lo largo del siglo XX), el investigador hubo de rastrear las pistas insertadas en un arco de testimonios que se remonta a la «Noticia de la vida y obras del M.I y R. P. D. Fr. Benito Jerónimo Feijoo» atribuida a Campomanes (1765) y que lo condujeron a más de una treintena de archivos, bibliotecas y colecciones públicas y privadas en los que recopiló los 27 manuscritos y los más de cincuenta impresos que le permiten constituir el corpus. En total, 131 poemas, de los que trece son traducciones, diez presentan problemas de atribución, tres aparecen incompletos (n.ºs 9, 14, 52), otro inacabado (n.º 70), y de otro solamente conservamos el título —«Octavas a lo mismo [caída del marqués de Ensenada]» (n.º 131)—; de todos ellos, además, 37 habían permanecido inéditos hasta que Olay desvelara la mayor parte en «Treinta y tres poemas inéditos de Feijoo y reconstrucción de la historia textual del corpus poético feijoniano» (*Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, n.º 22, 2016), «Historia y edición del poema inédito atribuido a Feijoo “No teme Lorenzo, fiel...”» (*Artifara*, n.º 18, 2018) o «El primer escrito de Feijoo: noticia de un poema aparecido en 1701 en honor a Felipe V» (*Castilla. Estudios de Literatura*, n.ºs 9-10, 2019).

A esta labor arqueológica se le suma el más cuidado tratamiento filológico, pues se fija el texto a partir del cotejo de varios impresos y manuscritos. Dicho trabajo —lo que en el caso del beneditino entraña la dificultad añadida de carecer de cualquier autógrafo y, por tanto, requiere un profundo conocimiento de la crítica textual— queda expuesto en el aparato que sucede a cada poema: una relación de los testimonios en los que aparece, de las variantes textuales y, en los casos en los que es posible, los consiguientes estudios de filiación y estema. De igual modo, se propone una datación de los poemas que, al no posibilitar una organización cronológica exacta, hace al editor optar por una clasificación temática: los tres poemas publicados en vida de Feijoo, los veintiocho que integran su poesía religiosa, los nueve fúnebres, los trece encomiásticos, los veintiuno de tema amoroso, los treinta y cuatro satíricos y, finalmente, los diez atribuidos, las trece traducciones y el poema perdido.

El examen minucioso de la integridad del corpus le permite al investigador elaborar un magnífico estudio introductorio de 140 págs. en el que define la figura de Feijoo como poeta, sistematiza las características generales de su poética y reconstruye la transmisión de sus poemas, para combatir, al modo feijoniano, los *errores comunes* que se habían venido perpetuando sobre la poesía del

Padre Maestro. De esta manera queda demostrado que Feijoo ni compuso versos de forma marginal, ni exclusivamente en su vejez o juventud, pues cuantitativamente su producción poética es equiparable a la de Jovellanos y comprende al menos desde sus veinticinco hasta sus setenta y nueve años. Igualmente, queda probado que no fue un poeta en la sombra pues, aunque él mismo privilegió su imagen de ensayista serio como «desengañador de las Españas», en palabras de Marichal, su pseudónimo poético —Jerónimo Montenegro— era perfectamente reconocible y participó activamente como poeta en actos institucionales tanto monásticos como civiles. El último *error común* que esta edición refuta sería que la autoría de sus poemas no puede confirmarse, desmentido esto por la continuidad temática respecto a los asuntos tratados en su obra en prosa, los constantes ecos léxicos o la afinidad de los procedimientos expresivos entre poesía y *Teatro* o *Cartas*.

Por otro lado, no solo la crítica feijoniana había favorecido los estudios sobre los discursos y cartas de Feijoo por encima de los dedicados a su poesía, sino que también la había denostado bastante. No dejan de llamar la atención las muchas palabras peyorativas que recoge Olay en el epígrafe del estudio introductorio dedicado a presentar un estado de la cuestión, que van en la tónica de que sus versos son «todos carentes de íntima forma poética, sin valor» o de que «podrían, en muchos casos, con ventaja ser destruidos sin merma alguna» (pág. 25), pronunciadas estas por Ramón Otero Pedrayo. No obstante, en los últimos años ha habido un repunte en el interés por la esfera poética de la primera mitad del Setecientos, corriente en la que se inserta esta publicación. De hecho, habían aparecido previamente estudios esporádicos sobre algunos de los poemas feijonianos, entre los que Olay destaca la inacabada tesis doctoral de Dionisio Gamallo, *Feijoo, mente lírica*, que a mediados de los años sesenta también se había planteado editar la poesía del monje bajo la dirección de Dámaso Alonso.

En este sentido, tanto o, si cabe, más admirable es el estudio dado por Olay a los poemas, ya que cada uno de los 131 textos va precedido de una presentación individual que esclarece la identidad de la persona a la que va dedicado y la ocasión en la que se compuso, las influencias poéticas que acusa —Quevedo, Antonio de Solís, Eugenio Gerardo Lobo, Sor Juana, Francisco Antonio Bernaldo de Quirós y Benavides, José Tafalla Negrete...—, la tradición poética en la que se inserta o los tópicos literarios que maneja, y que, junto con las abundantes y necesarias notas a pie de página, conducen a la íntegra comprensión de los textos.

Asimismo, a cada uno de los bloques temáticos le precede una introducción que otorga luz a la sección. En primer lugar, los tres poemas publicados en vida de Feijoo —«Glosa de esta quintilla en las dos siguientes décimas» (n.º

1), «Desengaño y conversión de un pecador» (n.º 2) y «Décimas a la conciencia en metáfora de un reloj» (n.º 3)—, permanecen en consonancia con la imagen pública de escritor que «Jerónimo Montenegro» pretendía proyectar en la república de las letras. El «Desengaño y conversión de un pecador» fue sin duda el texto poético feijoniano que gozó de un mayor éxito editorial, ya que la edición de 1759, salida de las prensas del colegio de San Ildefonso de la Ciudad de México, fue el primer texto del benedictino impreso en ultramar o, al menos, en el Virreinato de Nueva España. Acompañan al poema los paratextos de la edición mexicana de 1759 y de 1754 (Eugenio Bieco, Madrid) y de la de 1761 (Ibarra, Madrid).

La poesía religiosa da prueba de su implicación activa en la rutina eclesiástica ovetense, pues tanto la temática —poemas hagiográficos (n.ºs 4-10), dedicados a la profesión de monjas (n.ºs 23-29) o a cumpleaños de abadesas (n.ºs 15-20)— como la predominante métrica de villancico indican que se compusieron con la intención de ser cantados por las monjas de los conventos benedictinos de San Pelayo y Santa María de la Vega, en los que Feijoo actuó como confesor y maestro de novicias. También para ser recitados en público parecen los cuatro poemas fúnebres compuestos para las exequias de Luis I celebradas en Oviedo en 1728, categoría en la que también se agrupan los tres epitafios de personalidades dignas de su admiración —el poeta y amigo Bernaldo de Quirós y Benavides (n.º 30), el científico Andrea Argoli (n.º 37) que, sin embargo, no es mencionado en sus discursos, y la erudita Anna Maria van Schurman (n.º 35), citada como ejemplo en su celebrísima «Defensa de las mujeres» (TC, I, 16, § XIX, 31)—, la curiosa inscripción a su propia tumba y el peculiar «Epitafio a una cortesana famosa a quien llamaron “la temprana” porque de muy poca edad empezó a dar algunas señas de fácil» (n.º 38), de quien no consta noticia y en el que el elemento mitológico de la aurora propicia un juego erótico conceptista. Lo que diferencia a estos dos bloques de poemas del siguiente, dedicado a la poesía encomiástica, es, por un lado, que los dedicatarios están vivos cuando los versos se escriben —Carlos XII de Suecia (n.º 39), la reina Isabel de Farnesio (n.º 40) o una de sus lectoras, Teresa Arias Varela (n.º 43), esposa del administrador de la Real Renta de Tabacos de Oviedo—, y, por otro, que las cualidades resaltadas de los laureados son civiles, como sucede en las décimas a fray José de Granda (n.ºs 41 y 42), en las que se elogian las obras llevadas a cabo en el monasterio de Cornellana, del que era abad —además, la datación del poema podría ayudar a determinar la fecha en la que se produjeron tales obras, hasta ahora no del todo clara (pág. 342)—. El grupo de encomios a las casas nobles de la capital asturiana (n.ºs 44-48) «constituyen uno de los ejemplos más claros de la integración de Feijoo en el medio social ovetense» (pág. 332).

La poesía amorosa de Feijoo y también la satírico-burlesca representan sus vertientes más fértiles, lo que podría resultar paradójico si tenemos en cuenta que se trata de un monje benedictino cuya regla censuraba el cultivo de estas temáticas. No obstante, como Olay explica, sus poemas amorosos desarrollan los tópicos de la tradición poética amatoria clásica, como el motivo del lamento ante la ausencia del amante (n.<sup>os</sup> 56 o 57) o ante su muerte (n.<sup>o</sup> 64), la ambientación pastoril (n.<sup>os</sup> 69-72) o la figura de la amada esquiva, cuyos nombres —*Amarilis*, *Tirse* y *Anarda*— podrían esconder a las hermanas Cienfuegos Alas o a la abadesa de San Pelayo Ana María de la Concha, según se documenta pormenorizadamente. Es de destacar el esfuerzo llevado a cabo para identificar a los dedicatarios de los poemas y, con ello, proponer una datación firme de los textos. Asimismo, merecen ser puestos de relieve los poemas metaestéticos en los que la descripción de la belleza de una dama sirve para reflexionar sobre el «no sé qué», como en el célebre discurso del *Teatro*. Por su parte, la poesía satírica de Feijoo puede dividirse entre las sátiras de costumbres (n.<sup>os</sup> 89-107), que tratan temas tales como la incompetencia de los cirujanos (n.<sup>os</sup> 89-90) o la frivolidad de la conducta femenina (n.<sup>os</sup> 96-98), y las sátiras personales dirigidas contra los personajes que protagonizaron las polémicas feijonianas, en las que el benedictino arremete contra, entre otros, el poeta José Antonio Reyero de Lavandera (n.<sup>os</sup> 73-78) y los miembros de la orden franciscana con motivo del pleito acerca del supuesto milagro de las flores de San Luis del Monte (n.<sup>os</sup> 79-81), en especial Francisco de Soto Marne (n.<sup>o</sup> 84), uno de los impugnadores feijonianos por excelencia.

En los dos últimos bloques agrupa Olay la poesía atribuida y las traducciones. Respecto a la primera, en dos textos la autoría se vería disputada entre Feijoo y su correligionario y colaborador Martín Sarmiento (n.<sup>os</sup> 116-117) —Olay se inclina con fundadas razones por el segundo—, mientras que en otros dos (n.<sup>os</sup> 108-109) la lengua gallega y el marco de la batalla de Rande podrían apuntar a Anselmo Feijoo, hermano del benedictino, que a diferencia de Benito sí escribió en gallego y que combatió en dicha batalla —aunque esta ha venido siendo la atribución más repetida, también ofrece dudas (págs. 647-650)—. El resto de los textos, ya sea por contenido, ya por forma, se alejan del proceder feijoniano. Con respecto a sus trece versiones poéticas de lenguas modernas —ocho traducciones del francés y cinco del italiano—, se trata de libres recreaciones de epigramas tomados de la *Menagiana*, salvo tres, obra respectivamente de Bayle (n.<sup>o</sup> 118), Gayot de Pitaval (n.<sup>o</sup> 125) y Metastasio (n.<sup>o</sup> 130); todos se dieron a conocer en el segundo y cuarto tomo de las *Cartas eruditas*. El colofón lo ponen las «Octavas a lo mismo» (n.<sup>o</sup> 131), es decir, las perdidas octavas reales dedicadas a la caída del marqués de la Ensenada, de cuya existencia dio noticia Marcelo

Macías, quien fuera director de la Biblioteca Provincial de Orense y quien pudo haberlas leído antes de que esta fuera consumida por un incendio en 1927.

En definitiva, el tomo de la *Poesía* de Feijoo supone el novedoso y necesario estudio de la faceta poética del benedictino, imprescindible en particular para los estudios feijonianos —pues «la poesía no es un aspecto residual de su producción, sino que también participa del proyecto intelectual de todos sus escritos» (pág. 12)— y en general para la primera Ilustración española, en tanto que este que aquí se ofrece tan cumplidamente constituye uno de los corpus más significativos del periodo al manifestar un «paso adelante en la transición del barroco tardío al primer clasicismo de mediados del siglo XVIII, representado paradigmáticamente por *La Poética* (1737) de Ignacio de Luzán» (pág. 12).

MARÍA FERNÁNDEZ ABRIL